

## UNA ALABANZA

La Virgen está vestida con una manta negra y una falda roja hasta los tobillos. San José con una túnica negra y una especie de toga color rojo, menos rojo que la falda de su mujer. Esta tiene la mano derecha sobre el pecho del niño, tal vez en el acto de sosegarlo. San José reposa una de sus manos sobre sus rodillas (está sentado) y la otra acaricia su pómulos, el pulgar debajo de la barba rubia, apoyando el rostro en actitud meditativa. Muy tranquilos ella y él; no el niño que está dentro de una caja que le queda demasiado pequeña: su cabeza sobra, levantada arriba de la línea de su cuerpo, cuelga de sus hombros hacia el cielo, al que parece mirar con los ojos muy abiertos y muy contentos. Claro, es de noche y deben haber estrellas dignas de ser vistas. Detrás del niño se observan las cabezas de un burro gris y de un buey marrón oscuro. El halo de santidad de San José es amarillo y digamos que bastante corriente, no así el de la Virgen, que es grande y con la forma de una campana. O algo así como una campana que se está incrustando en su cabellera negra. Los dos esposos tienen sonrosadas las mejillas. Todo esto en el detalle de una pintura sobre tabla que pertenece a un frontal dedicado a la Virgen, en la iglesia de Santa María de Avià, Berguedà, provincia de Barcelona.

Obra atribuida al Maestro de Avià. Por el año  
1200 de nuestra era. Y reproducida en una cajita  
de cerillas de tres pesetas, con la que me sirvo  
para encender mis cigarrillos en la larga  
noche del Mediterráneo, vigilante nocturno  
de un camping a orillas del mar. Y pienso  
que llegado el momento sólo pediré que no cese  
en su desplazamiento esa mirada.

Castelldefels, enero 1979